

SOLIDARIDAD OBRERA



Órgano de la Confederación
Regional del Trabajo de Catalunya III Época - 1€

FUNDADA EN 1907
www.soliobrera.org

Portavoz de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT)
Número especial 70º Aniversario de la Revolución - cierre de edición 17/07/06



De la memoria

Memoria, desmemoria y revisión: estos tres ejercicios, fruto de tres actitudes irreconciliables, han llegado a su apogeo en este año de aniversarios. Cabe decir que, de los tres ejercicios, el menos cultivado es la memoria: la desmemoria, por desgracia, viene dada y la revisión no siempre es tan descarada como en el caso de los eructos historiográficos de César Vidal o Pío Moa; de hecho, no suele ser tan descarada.

La memoria es otra cosa. Su materia, sin duda, es delicada: muere cuando tratamos de evocarla como un pasado mítico y, sobre todo, factible de volver a ser tal cual. Es múltiple y, como la vida, puesto que es vida, contradictoria. Necesitamos de la historia de las mentalidades para poder recuperarla. Recordemos, pues, que para un amplio sector social, las primeras décadas del siglo XX en el Estado español se vivieron desde la posibilidad, incluso desde la inminencia de la Revolución, que en otros lugares ya se estaba haciendo. Por eso mismo, son tan ilegítimas y bastardas las actuales aproximaciones a la guerra del 36 desde criterios socialdemócratas (incluyendo las vagas propuestas legislativas de reivindicación de víctimas de la Dictadura), que son, por otro lado, las que gozan de mayor difusión; naturalmente, su leitmotiv, por lo que respecta a los análisis del bando republicano, es el de los crímenes del anarquismo y de su capacidad desestabilizadora dentro de la República. Invisibilizado el papel del anarcosindicalismo en aquella época, no interesa de él más que un rastro de pillaje, de sectarismo y de violencia arbitraria e indiscriminada; sin ir más lejos, un silencio cómplice oculta los esfuerzos del Comité de Milicias por poner freno a las venganzas y abusos, obra no sólo de anarquistas, por cierto, sino también de comunistas y socialistas (sin hablar del fascismo, que hizo de la violencia su única y sistemática razón de ser). Por supuesto, de los logros sociales del anarquismo, ni media palabra.

En todo caso, no negaremos que la revolución social es, en parte, una guerra y no hay guerras incruentas. De hecho, no vale hablar del período de 1936-1939 como el de una guerra civil ya que, en realidad, fueron varias las que se libraron simultáneamente: una guerra de secesión en Euzkadi y, parcialmente, en Catalunya; una guerra de reacción contra las izquierdas que amenazaban a las oligarquías. E, insistimos, la Revolución.

Y precisamente, ha quedado para los anales de los movimientos emancipatorios la revolución libertaria de aquellos años. Sólo la Ucrania del período comprendido entre los años 1919 y 1921 había llevado tan lejos la experiencia colectivizadora del poder popular. A la Barcelona de aquella experiencia están dedicadas estas breves páginas. Sin ánimo exhaustivo, ofrecemos un material que puede ayudar a entender ciertos aspectos de aquel esfuerzo.

Y a recordarlo, porque es parte de lo que nosotros mismos somos.

Pág. 2

19 de Julio: La Batalla de Barcelona
Durante los enfrentamientos del 19 de Julio de 1936, se produjeron hechos que incluso hoy los especialistas se han negado a narrar. Luis Andrés Edo nos comenta uno de ellos.

Pág. 3-6

Guía urbana de la insurrección anarcosindicalista
Una interesante colaboración de A. Guillamón que relata, cronológicamente, cómo la CNT, junto con el pueblo barcelonés, consiguió frenar el levantamiento fascista hace hoy 70 años.

Pág. 7

Concha Pérez y la Anarquía
Una entrevista con nuestra histórica compañera, quien, con una lucidez envidiable, nos relata sus experiencias antes, durante y después a la Guerra Civil, haciendo especial mención en sus vivencias durante el 19 de Julio barcelonés.

Pág. 8

Publicación y reediciones de libros de la época Carles Sanz nos desgana la vigencia que aún hoy tiene "El eco de los pasos", de Juan García Oliver; y Ferran Aisa nos detalla en su artículo "Libres de guerra", las últimas novedades editoriales en torno al tema.

Llibreria

La Rosa de FOC



Literatura

Poesía

Historia social

Guerra Civil

CNT

Anarquismo y
Anarcosindicalismo

C/ Joaquin Costa, 34 bajos.
08001 Barcelona
Tel. y Fax: 93 318 88 34
cntmartorell@eresmas.com



PUNTS DE VENDA DE LA «SOLI» A BARCELONA

LOCALS

Llibreria La Rosa de Foc
(C/ Joaquin Costa, 34)

El Lokal (C/ De la Cera, 1bis)

Ateneu Rosa de Foc
(C/ Verntallat, 25)

Diy Atak (C/ Ramon i Cajal, 30)

Infoespai (Plaça del Sol).

Bar «Los vascos»
(C/ Ramalleres, 16)

KIOSKOS

Les Rambles: «Principal», «Colón» i «Martos» (Rambla Sta. Mònica, 3 darrers kioskos)

Gràcia: Plaça Rius i Taulet, Plaça Joanic (entre Travessera de Gràcia i C/ Escorial), Torrent de l'Olla con Travessera de Gracia.

Casc Antic: «Rosaura» Via Laietana/Argenteria (davant dels «Sindicats»)

Eixample: «Manu» (C/ Nàpols-Roselló).

19 de Julio 1 936: La Batalla de Barcelona

Luis Andrés Edo

En el transcurso de los enfrentamientos armados del 19 de Julio de 1936 en Barcelona se produjeron hechos que los especialistas se han negado a pasar a la historia.

Sin duda el más importante de esos hechos es el ocurrido a las 8 de la mañana del día 20, con la ocupación del Cuartel de Artillería de San Andrés, del conocido barrio de Barcelona. Este acontecimiento será la clave del cambio de signo de la rebelión militar.

Así es, el signo de dicha rebelión era en su inicio el de un «Golpe de Estado», con un pronunciamiento militar. Con la ocupación del Cuartel de Artillería se concluía la «Batalla de Barcelona», modificando el signo inicial, por el de un enfrentamiento a muerte: Era la Guerra.

La clave de esta modificación era que en dicho Cuartel se hallaba almacenado el arsenal de todo el Ejército de Cataluña. Es decir, el problema que tenían directamente los militares sublevados, e indirectamente la partitocracia republicana, es que el arsenal del Cuartel de Artillería de San Andrés había caído en manos de los militantes de la CNT y de la FAI, en aquella mañana del 20 de Julio.

Durante la Jornada del 19 habían ido siendo ocupados todos los cuarteles del Ejército de Barcelona, salvo el de Atarazanas (que fue ocupado en la jornada del día 20), pero el armamento que las Milicias encontraban en ellos era escaso, solo el suficiente para las dotaciones de los mismos.

Sin embargo, el Arsenal del de Artillería comprendía 80.000 fusiles Máuser y una amplia serie de baterías artilleras, con varias toneladas de munición (balas y óbuses).

Entorno a la ocupación de ese Cuartel de Artillería se iban a producir algunas circunstancias que interesa reseñar, pues de ellos se deduce el marcado interés en inclinarse del lado republicano del «19 Tercio» de la Guardia Civil.

En efecto, independientemente de la dudosa inclinación republicana de ese núcleo profesional militarizado que era el «19 Tercio»,

visto en su conjunto (aparte de algunas individualidades) el elemento principal que inclina ese Núcleo a ponerse a disposición de la Generalitat es el de apropiarse del arsenal de todo el Ejército de Cataluña, concentrado en el citado Cuartel de Artillería.

La inclinación formal del «19 Tercio» es tardía, se produce después del mediodía de aquel domingo 19 de Julio. Pero lo que los historiadores han silenciado, son las extremas tensiones que se han producido en el transcurso de la noche en el seno del citado Núcleo de la Guardia Civil. No sólo entre los oficiales de rango superior (uno de los cuales, el Comandante Recas, se unirá a los militares sublevados, en la madrugada del 19, con una Compañía a su mando), sino también entre mandos medios y guardias, que pedían saber la inclinación del «19 Tercio».

Después de que los Escuadrones, con el Coronel Luis Escobar al mando de ellos, se pusieran a disposición de Lluís Companys, Presidente de la Generalitat, dos de estos Escuadrones se desplazaron al final de la tarde del 19 al barrio de San Andrés, para ocupar el Cuartel de Artillería; sus pretensiones estaban claras: posesionarse del Arsenal.

Lo que sucedió es que los militantes de la CNT, tras no oponerse (como se había acordado) a la salida del cuartel de una Unidad, se ocuparon a poner en estado de sitio al Cuartel, sin dejar que nadie penetrar en él. Es así que cuando llegaron los dos Escuadrones de la Guardia Civil, las Barricadas y los militantes de la CNT les impidieron el paso. Entonces, cuando 12 horas después, los Milicianos penetraron en el Cuartel, la CNT y la FAI se posesionaron de todo el Arsenal.

Estas fueron las claves que permitieron la victoria popular sobre los militares: La Barricada y las armas del Arsenal de Cuartel de Artillería, pues si éstas hubieran caído en manos de 19 Tercio de la Guardia Civil, en lugar de las de la CNT y FAI, nadie puede saber cómo habría acabado la «Batalla de Barcelona», iniciada aquel domingo del 19 de Julio de 1936.



boletín de suscripción

SOLIDARIDAD OBRERA

Nombre y apellido

Domicilio

Población D.P.

Provincia Nación

Suscripción por 1 año: 10 Euros (extranjero 20 Euros)

Suscripción de apoyo: 15 Euros 30 Euros Otras cantidades: Euros

boletín de domiciliación bancaria

Les agradecería que en adelante, y con cargo a mi cuenta/libreta, atiendan los recibos que anualmente les presenten de SOLIDARIDAD OBRERA

Fecha.....

Firma

Titular cuenta

Banco/Caja

Domicilio agencia.....

ENT.	AG.	DC.	CTE.



Las cenas de la «Soli»

Un punto de encuentro donde tu colaboración también es importante. Lo que empezó siendo una idea de autofinanciación ha ido cuajando lentamente, creándose un punto de encuentro entre esta Redacción, sus colaboradores/as y amigos/as.

Las celebramos los **primeros viernes de cada mes**, y en ella podéis encontrar también platos vegetarianos.

Todos estáis invitados/as.

SOLIDARIDAD OBRERA

Edita:
Comité Regional de Catalunya CNT-AIT

Coordina este número:
La Asamblea de Redacción

Administrador: M. A. López

Diseño y maquetación:
Equipo «Soli»

Redacción:
Mateo, Pako, Manuel y Rosendo.

Fotografía: Colectivo Tinta Negra

Redacción y envíos:
C/ Joaquín Costa, 34, entresuelo
08001 Barcelona
Tel. y Fax: 93 318 88 34

E-mail: cntsoliobrera@hotmail.com

Impresión: Pereda Impresor
C/ Pamplona, 63 - tel.93 309 45 17

D.L.: B-406/78

Precios suscripción:

España: 10 €
Extranjero: 20 €
Cuenta corriente: La Caixa d'Estalvis i Pensions (2100).
C/ Hospital, 101
08001 BARCELONA
ofic. 0480 - 91 - 0100824526

Barcelona, 19 y 20 de Julio de 1936

Guía urbana de la insurrección anarcosindicalista

Agustín Guillamón

¡ARMAS! ¡ARMAS!

El diecisiete a las diecisiete el ejército se había sublevado en Melilla. El presidente del Gobierno, Casares Quiroga, a la pregunta de unos periodistas sobre qué pensaba hacer ante el levantamiento respondió con un chiste: "¿Se han levantado? Bueno. Yo me voy a dormir.". El 18 de julio de 1936 la rebelión militar se había extendido a todo Marruecos, Canarias y Sevilla.

La guarnición militar de Barcelona contaba con unos seis mil hombres, frente a los casi dos mil de la guardia de asalto y los doscientos mossos d'esquadra. La guardia civil, que nadie sabía con certeza por el lado que se decantaría, contaba con unos tres mil. La CNT-FAI disponía de unos veinte mil militantes, organizados en comités de defensa de barriada, dispuestos a empuñar las armas. Se comprometía, en la comisión de enlace de la CNT con la Generalidad y los militares leales, a parar a los golpistas con sólo mil militantes armados. Pero las negociaciones de la CNT con Escofet, comisario de orden público, y con España, consejero de Gobernación, fueron infructuosas. La noche del 17 de julio el cenetista Juan Yagüe, secretario del sindicato del transporte marítimo, organizó el asalto a los pañoles de los buques atracados en el puerto, consiguiendo unos 150 fusiles; a los que el 18 se sumó lo conseguido de armerías, serenos y vigilantes de la ciudad. Este pequeño arsenal, guardado en el sindicato del transporte, en las Ramblas, provocó un enfrentamiento con la comisaría de orden público, que lo reclamaba. Se corría el peligro de un enfrentamiento armado con la guardia de asalto, y los propios militantes cenetistas llegaron a amenazar a los, en su opinión, demasiado conciliadores Durruti y García Oliver. El incidente se zanjó con la entrega a Guarnier, mano derecha de Escofet, de algunos viejos fusiles inservibles, que evitaron una ruptura entre republicanos y anarquistas en vísperas del golpe militar.

Desde las tres de la madrugada del 19 de julio una creciente multitud reclamaba armas en la Consejería de Gobernación, en Plaza Palacio. No había armas para el pueblo, porque el gobierno de la Generalidad temía más una revolución obrera que el alzamiento militar contra la República. Juan García Oliver, desde el balcón de Gobernación, requirió a los militantes cenetistas a que se pusieran en contacto con los comités de defensa de sus respectivas barriadas, o marcharan a los cuarteles de San Andrés en espera de la oportunidad de apoderarse del armamento allí depositado. Algo más tarde, ante el anuncio del inicio de la sublevación en Barcelona, allí mismo se empezó a confraternizar con los guardias de asalto cuando éstos, dotados de arma larga y corta, entregaron su pistola al voluntario civil que la reclamaba. Al mismo tiempo el teniente de aviación Servando Meana, simpático de la CNT, que hacía de enlace de información entre la Aviación del Prat y el gobernador José María España, entregó las armas depositadas en el Palacio de Gobernación a los anarcosindicalistas por su cuenta y riesgo, sin conocimiento de sus superiores. La colaboración de la CNT con la Aviación ya se había materializado días antes del alzamiento faccioso, mediante valiosos vuelos de estudio y reconocimiento sobre Barcelona, realizados por varios miembros del grupo "Nosotros" en aviones pilotados por los oficiales Ponce de León y Meana, con el conocimiento de Díaz Sandino, jefe de Aviación del Prat. Los cenetistas del sindicato de química iniciaron la fabricación de bombas de mano.



LAS SIRENAS DE LAS FABRICAS DE PUEBLO NUEVO LLAMAN AL COMBATE

A las cuatro y cuarto de la madrugada del 19 de Julio de 1936 las tropas del cuartel del Bruc, en Pedralbes, habían salido a la calle, dirigiéndose por la Avenida 14 de abril (hoy, Diagonal) hacia el centro de la ciudad. Los obreros, apostados en las inmediaciones de los cuarteles, tenían órdenes de dar el aviso y de no hostigar a los soldados hasta que no estuviesen ya muy alejados de los mismos. La táctica del Comité de Defensa Confederado había acordado que sería más fácil batir a la tropa en la calle que si permanecía atrincherada en los cuarteles.

El campo de fútbol del Júpiter de la calle Lope de Vega fue utilizado como punto de encuentro desde el que iniciar la insurrección obrera contra el alzamiento militar, por la cercanía del domicilio de la mayoría de anarquistas del grupo "Nosotros" y la enorme militancia cenetista existente en el barrio. El Comité de Defensa de Pueblo Nuevo había requisado dos camiones de una cercana fábrica textil, que fueron aparcados junto al campo del Júpiter, que los anarquistas probablemente utilizaban también como arsenal clandestino. Gregorio Jover vivía en el número 276 de la calle de Pujades. Ese piso, durante toda la noche del 18 al 19 de julio, se había convertido en el lugar de encuentro de los miembros del grupo "Nosotros", en espera del aviso de la salida a la calle de los facciosos. Acompañaban a Jover, Juan García Oliver, que vivía muy cerca, en el número 72 de la calle Espronceda, casi esquina a Lull; Buenaventura Durruti, que vivía a un kilómetro escaso, en la barriada del Clot; Antonio Ortiz, nacido en el barrio de La Plata de Pueblo Nuevo, en el chaflán de las calles Independencia/Wad Ras (ahora Badajoz/Doctor Trueta); Francisco Ascaso, que vivía también muy cerca en la calle San Juan de Malta; Ricardo Sanz, también vecino de Pueblo

Nuevo; Aurelio Fernández y José Pérez Ibáñez "el Valencia". Desde el piso de Jover alcanzaba a verse la valla del campo del Júpiter, junto a la que estaban aparcados los dos camiones. A las cinco de la mañana llegó un enlace comunicando que las tropas habían empezado a salir de los cuarteles. Las calles Lope de Vega, Espronceda, Lull y Pujades, que rodeaban el campo del Júpiter, estaban repletas de militantes cenetistas armados. Una veintena de los más curtidos, probados en mil luchas callejeras, subieron a los camiones. Antonio Ortiz y Ricardo Sanz montaron una ametralladora en la parte trasera de la plataforma del camión que abría la marcha. Las sirenas de las fábricas textiles de Pueblo Nuevo comenzaron a ulular llamando al combate, extendiéndose a otros barrios y a los barcos surtos en el puerto. Era la señal acordada para el inicio de la lucha. Y esta vez la alarma de las sirenas cobraba su significado literal de tomar las armas para defenderse del enemigo: "al arma". Los dos camiones, bandera rojinegra desplegada, seguidos de un cortejo de hombres armados, cantando "Hijos del Pueblo" y "A las barricadas", animados por los vecinos asomados a los balcones, enfilaron la calle Pujades hasta la Rambla de Pueblo Nuevo para subir hasta Pedro IV y de allí hacia el centro de la ciudad. Jamás las estrofas de esas canciones habían tenido tanto sentido: "aunque nos espere el dolor y la muerte contra el enemigo nos llama el deber, el bien más preciado es la libertad, hay que defenderla con fe y valor"; "en la batalla la hiena fascista con nuestros cuerpos sucumbirá, y el pueblo entero con los anarquistas hará que triunfe la libertad".

El grupo "Nosotros", constituido en Comité de Defensa Revolucionario, dirigió en Barcelona la insurrección obrera contra el alzamiento militar desde uno de esos camiones aparcados en la Plaza del Teatro. El dominio de las Ramblas impedía el enlace de



los sublevados entre plaza de Cataluña y Atarazanas-Capitanía, al tiempo que permitía acudir rápidamente, a través de calles secundarias y estrechas del barrio Chino y de la Ribera, en auxilio de los combatientes en la Brecha de San Pablo o en la avenida Icaria. Era necesario impedir que las tropas que habían salido de sus cuarteles en la periferia pudieran llegar al centro de la ciudad y enlazar con Capitanía-Atarazanas, o tomaran los centros neurálgicos de teléfonos, telégrafos, correo o emisoras de radio.

La preciosa colaboración de los sargentos de artillería Valeriano Gordo y Martín Terrer del cuartel de Atarazanas, que abrieron la puerta que daba a la calle de Santa Madrona, permitió la entrada de los grupos anarquistas armados y la detención de casi toda la oficialidad que salió detenida por esa misma puerta de Santa Madrona. Pero las ráfagas de ametralladora disparadas desde el cercano edificio de las Dependencias Militares permitieron que el teniente Colubi pudiera escaparse, y tomar el mando de la resistencia. Las puertas atrancadas de los amplios patios que comunicaban las antiguas Atarazanas medievales con el edificio de la Maestranza (hoy desaparecido), que daba directamente a las Ramblas, donde estaban las oficinas de la Brigada de Artillería y los pabellones de algunos oficiales, permitieron que los soldados allí fortificados pudieran resistir el ataque. Los facciosos recuperaron el control del cuartel, pero los anarquistas se habían apoderado de cuatro ametralladoras, unos doscientos fusiles y varias cajas de munición. El fuego cruzado entre los edificios de Dependencias y la parte

del cuartel de Atarazanas que daba a la Rambla de Santa Mónica, al que se añadieron las ametralladoras instaladas en la base del monumento a Colón, les hizo inexpugnables. Dado que los militantes de los sindicatos metalúrgico y de transporte habían salido hacia la Barceloneta, las fuerzas anarcosindicalistas que quedaban en la Plaza del Teatro decidieron aplazar el asalto para trasladarse a la Brecha de San Pablo, con el armamento tomado en Atarazanas, dejando cercado el sector bajo de las Ramblas, con los edificios de Dependencias y la Maestranza de Atarazanas sitiados por un grupo al mando de Durruti, con una pieza de artillería manejada por el sargento Gordo.

LOS MILITARES FACCIOSOS OCUPAN LAS PLAZAS DE ESPAÑA Y UNIVERSIDAD

Hacia las cuatro y cuarto de la madrugada empezaron a salir tres escuadrones, a pie, del regimiento de Caballería de Montesa, en el cuartel de la calle Tarragona. El primer escuadrón, tras un inicial tiroteo de unos veinte minutos con los guardias de asalto, ocupó la plaza de España, con una sección de ametralladoras, confraternizando a continuación con esos guardias de asalto del cuartel situado al lado del Hotel Olímpico (hoy Catalonia Plaza Hotel). Los guardias de asalto y el escuadrón de caballería acordaron un curioso pacto de no agresión, y en el transcurso de la mañana salieron del cuartel de los de asalto refuerzos hacia el Cinco de Oros y la Barceloneta, que no fueron molestados, al tiempo que éstos permitían el dominio de la plaza de España por los sublevados, y poste-

riormente el paso de una compañía de zapadores desde el cuartel de ingenieros de Lepanto, que por el Paralelo llegó hasta Atarazanas y las Dependencias Militares.

En la calle de Cruz Cubierta, a la altura de la alcaldía de Hostafrancs, el comité de defensa había levantado una barricada que cerraba la calle. Las tropas sublevadas disponían de dos piezas de artillería, emplazadas junto a la fuente del centro de la plaza de España, que habían llegado en camionetas desde el cuartel de los Docks. Los militares dispararon un obús contra la barricada de Hostafrancs, con una trayectoria demasiado elevada, que impactó en un pequeño parapeto levantado en la bocacalle de Riego, produciendo ocho muertos y once heridos. Era un escenario dantesco, con brazos, piernas y trozos de carne humana colgando de árboles, farolas y cables del tranvía. La cabeza de una mujer decapitada fue lanzada a setenta metros del lugar. Los facciosos controlaron la plaza de España hasta las tres de la tarde.

El segundo escuadrón, con una sección de ametralladoras, al que se sumó un grupo de derechistas, fueron hostilizados en la calle Valencia, pero consiguieron su objetivo, que era el de dominar la plaza de la Universidad y ocupar el edificio universitario, en cuyas torres emplazaron ametralladoras. Pedían la documentación de los transeúntes, deteniendo a los afiliados a la CNT o partidos de izquierda, Ángel Pestaña entre otros. En la Ronda Universidad tuvieron un tiroteo con un grupo armado del POUM. Durante el transcurso de la mañana los sublevados fueron obligados a replegarse al edificio universitario, acosados por un grupo de guardias de asalto a los que habían tiroteado, y gente del POUM que habían ocupado el Seminario, desde el que disparaban sobre los jardines universitarios. Completamente rodeados, y tras una deserción masiva, los facciosos se rindieron a las dos y media de la tarde a un destacamento de la guardia civil, saliendo a la calle parapetados tras los prisioneros civiles que habían retenido.

ÉXITO DE LOS FACCIOSOS: LOS INGENIEROS CERCAN A LOS GUARDIAS DE ASALTO

Del cuartel de ingenieros Lepanto, sito en la Gran Vía, en las afueras de Barcelona, en Hospitalet de Llobregat (en la actual plaza Cerdá, en el solar donde se está construyendo la "ciudad judicial"), había salido a las cuatro y media una compañía de zapadores que marchó hasta la plaza de España, donde confraternizó con el escuadrón de caballería, que dominaba el lugar con ametralladoras y media batería, y con los guardias de asalto allí instalados, que incluso habían fijado en la puerta de su cuartel el bando de declaración del estado de guerra. Dada la calma del lugar, se les ordenó marchar a Dependencias Militares (el actual Gobierno Militar, frente al monumento a Colón). Descendieron por el Paralelo, y la calle de Vilá y Vilá, hasta el muelle de Baleares, donde se enfrentaron a una compañía de guardias de asalto procedentes de la Barceloneta, que fue derrotada al quedar entre dos fuegos, entre Atarazanas y ellos. Tras dejar un pequeño grupo en Atarazanas la mayoría se instaló en Dependencias Militares para defender el edificio. Los facciosos habían obtenido su primera victoria y Escofet había perdido el control del Paralelo. Para romper este control y aislar a los facciosos de Plaza de España de los de Atarazanas, los obreros del Sindicato de la Madera y el Comité de Defensa de Pueblo Seco levantaron rápidamente una gran barricada en la Brecha de San Pablo, entre El Molino y el Bar Chicago.

EN EL PARALELO EL PUEBLO DERROTA AL EJÉRCITO

El tercer escuadrón, que había salido del cuartel de caballería de la calle Tarragona, tenía por misión consolidar el dominio del Paralelo por los facciosos, con el objetivo de enla-

zar su cuartel con Capitanía. Pero ahora, al llegar a la altura de la Brecha de San Pablo, no pudieron superar una monumental barricada de sacos terreros, que dibujaba un doble rectángulo en mitad de la avenida, porque un intenso tiroteo les cerraba el paso. Los militares sólo consiguieron ocupar el sindicato de la Madera de la CNT en la calle del Rosal y la barricada, abandonada por los militantes cenetistas, cuando siguiendo el Plan Mola, avanzaron escudándose tras mujeres y niños del barrio. Luego los soldados instalaron tres ametralladoras, una frente al bar La Tranquilidad (Paralelo 69, junto al teatro Victoria), otra en la azotea del edificio colindante con El Molino, y la tercera en la barricada de la Brecha de San Pablo, que fueron empleadas a fondo. Eran las ocho de la mañana. El tercer escuadrón había necesitado dos horas para tomar la barricada, defendida por el comité de defensa de Pueblo Seco y militantes del sindicato de la madera. Pero los obreros seguían hostilizando a la tropa desde el otro lado de la Brecha, desde las terrazas de los edificios cercanos y desde todas las bocacalles. A las once de la mañana el tercer escuadrón había conseguido dominar todo el espacio de la Brecha, tras cinco horas de combate. Sin embargo, el intento realizado por las tropas situadas en plaza de España de reforzar a sus compañeros de la Brecha había sido detenido a la altura del cine Avenida (en Paralelo 182), por el tiroteo y acoso a que fueron sometidos desde las tapias del recinto ferial que daban al Paralelo, y desde Tamarit. Los cenetistas decidieron contraatacar en la Brecha, indirectamente desde Conde del Asalto (hoy Nou de la Rambla) y otros puntos, infructuosamente. Los vecinos levantaron barricadas en las bocacalles del Paralelo con Poeta Cabanyes y Tapioles. Una decena de guardias de asalto, que habían sido requeridos en el lugar por el oficial de Asalto que combatía con los militares sublevados, decidieron sumarse a las fuerzas populares. Poco después, los refuerzos cenetistas procedentes de plaza del Teatro, tras asaltar el Hotel Falcón, desde donde habían sido tiroteados, se desplazaron desde las Ramblas por la calle de San Pablo, y después de pactar con el cuartel de carabineros su neutralidad y vaciar la prisión de mujeres de Santa Amalia, llegaron por la calle de las Flores hasta la Ronda de San Pablo, batida por el fuego de la tropa facciosa. Ortiz con un pequeño grupo, que llevaba las ametralladoras tomadas en Atarazanas, logró cruzar al otro lado de la Ronda, construyendo rápidamente una pequeña barricada que les ponía al abrigo de los disparos de las tres ametralladoras enemigas instaladas en la Brecha. Los anarquistas subieron al terrado, y emplazaron sus ametralladoras en la azotea del bar Chicago (el mismo edificio es hoy oficina de la Caixa de Catalunya), que protegieron con sus ráfagas el asalto en tromba y directamente sobre la Brecha, desde el café Pay-Pay, de la calle San Pablo, en el que habían entrado por la puerta trasera, que daba a la calle de las Flores. El capitán que mandaba la tropa junto a la ametralladora, situada en mitad de la Brecha, fue abatido por los disparos de Francisco Ascaso, el más adelantado y mejor situado de los atacantes, que avanzaban corriendo a la descubierta. Un teniente intentó revelar en el mando al capitán caído, para seguir resistiendo, pero fue abatido por un cabo de la propia tropa. Era el principio del fin del combate. Entre las once y las doce del mediodía el tercer escuadrón había sido derrotado, y la Brecha de San Pablo recuperada por los obreros. Mientras Francisco Ascaso saltaba de alegría blandiendo el fusil por encima de su cabeza, García Oliver no dejaba de gritar "¡sí que se puede con el ejército!" En este punto crucial de la ciudad los anarquistas, entre los que se encontraban Francisco Ascaso, Juan García Oliver, Antonio Ortiz, Gregorio Jover y Ri-

cardo Sanz, habían derrotado al ejército después de más de seis horas de lucha. Un reducido número de soldados siguieron resistiendo, refugiados en el interior de El Molino, donde tras agotar la cartuchería se rindieron definitivamente hacia las dos de la tarde.

LA INFANTERÍA LLEGA A PLAZA UNIVERSIDAD Y LOS ESCOLAPIOS DE SAN ANTONIO

El regimiento de infantería de Badajoz (del cuartel de Pedralbes) había sido requerido en Capitanía por el general Llano de la Encamienda, y allí se dirigió, aunque con el propósito de ponerse a las órdenes del general Goded, que desde Palma de Mallorca volaba ya a Barcelona para liderar la sublevación militar. Al llegar a la Gran Vía, la compañía del capitán López Belda siguió descendiendo por la calle Urgell hasta el Paralelo, donde fueron tiroteados, y desde allí llegaron a Atarazanas, la Puerta de la Paz y Capitanía, donde reforzaron la tropa existente. López Belda y los zapadores fueron las únicas tropas facciosas que alcanzaron con éxito el objetivo propuesto, que en su caso era reforzar Atarazanas y Capitanía.

El resto de la columna, mandada por el comandante López Amor, se dirigió por la Gran Vía hacia la plaza de Cataluña, manteniendo un tiroteo con el escuadrón del regimiento de Montesa, que ya había ocupado la plaza Universidad. Deshecho el error, una compañía bajó por la Ronda de San Antonio, en dirección a Capitanía, pero llegados a la altura del Mercado de San Antonio, fue hostilizada por los comités de defensa, que no podían permitir que reforzaran a las tropas que luchaban en la Brecha, teniendo que refugiarse en Los Escolapios, donde se rindieron una hora después, tras una dura resistencia.

LA LUCHA EN LA PLAZA CATALUÑA

Tras dejar un retén en la Universidad, el resto de la tropa, a las órdenes de López Amor entró desde Pelayo y Ronda Universidad en la plaza de Cataluña, dando vivas a la república, rodeados por una multitud curiosa y expectante que desconocía si eran tropas adictas o sublevadas. Tras un tiroteo entre la tropa facciosa y los guardias de asalto aparecieron pañuelos blancos, cesó el fuego, y guardias y soldados se abrazaron y confraternizaron. La multitud de civiles armados llegó a desarticular la formación de la tropa mezclándose con los soldados. El equívoco, la táctica taimada de unos y tros, la indecisión de los guardias, el recelo de los obreros y la excesiva proximidad física crearon un desorden increíble y peligroso. La plaza estaba ocupada por retenes de los Guardias de Asalto y por numerosos militantes obreros armados en la parte de las Ramblas, Telefónica y Puerta del Ángel. El comandante López Amor dio la orden de pedir la documentación a los civiles, en su mayoría cenetistas, pero ante la imposibilidad de detenerlos a todos decidió expulsarlos del lugar, y situar ametralladoras en cuatro puntos opuestos de la plaza: en la azotea de la Maison Dorée (en la esquina con Rivadeneira, en parte del solar ahora ocupado por Sfera), en el terrado del Cine Cataluña (aproximadamente donde ahora está Habitat), en el Hotel Colón (ahora Banesto) y en el Casino Militar (hoy engullido por El Corte Inglés), y las dos pequeñas piezas del 7,5 en el centro de la plaza Cataluña. López Amor se dirigió a la Telefónica, con la intención de ocuparla y controlar las comunicaciones. La inicial colaboración de los de Asalto, propiciada por la traición del oficial al mando, teniente Llop, se transformó, pasado un período de desconcierto de unos diez minutos, en manifiesta oposición. López Amor ordenó que las dos piezas situadas en mitad de la plaza dispararan sobre la Telefónica. Se generalizó el tiroteo, dentro y fuera del edificio. En estos momentos de con-



fusión un grupo de guardias de asalto capturó a López Amor frente al Casino Militar. Las compañías de los guardias de asalto, junto a los obreros en armas, se hicieron fuertes en Fontanella, pisos superiores de la Telefónica, Puerta del Ángel y Las Ramblas. Las calles de Pelayo, Vergara y Ronda Universidad ya habían sido tomadas por militantes obreros, consiguiendo aislar a los militares, que finalmente no tuvieron más remedio que refugiarse en el Hotel Colón, la Maison Dorée, el Casino Militar y los bajos y primer piso de la Telefónica, desde donde resistían el ataque popular y de los guardias de asalto. El centro de la plaza era tierra de nadie. Se había evitado que esas tropas pudieran bajar por las Ramblas hasta Atarazanas y Capitanía, o por Fontanella y Portal del Ángel hasta la Comisaría de Vía Layetana o el Palacio de la Generalidad. También se había impedido que Telefónica y las cercanas emisoras de radio cayeran en poder de los facciosos.

Las fuerzas populares tomaron muy pronto el Casino Militar y la Maison Dorée, gracias a la intervención combinada de guardias de asalto y obreros, que habían afianzado sus posiciones utilizando los túneles del metro. La resistencia de los sublevados, que ya sólo controlaban el cañoneado Hotel Colón y los bajos de la Telefónica, finalizó a las cuatro de la tarde, cuando se rindieron al ataque, tardó pero decisivo, de la Guardia Civil, secundado por los de asalto y el entusiasmo popular, que recelaba de los tricórnios. Una ingente multitud llenaba esquinas, bocas de metro y calles próximas. Aparecieron banderas blancas en el Hotel Colón y entonces la furia popular lo desbordó todo. Tronó de nuevo el cañón

que Lecha había arrastrado desde Claris. Durruti y Obregón (que murió en el ataque) en un masivo asalto desde las Ramblas de los militantes anarquistas, a pecho descubierto, recuperaron los bajos de la Telefónica. Al mismo tiempo guardias civiles y obreros, Josep Rovira del POUM en primer lugar, entraban en el Hotel Colón y hacían prisioneros a los oficiales. La plaza estaba sembrada de cadáveres. También aquí el ejército había sido vencido.

LOS FACCIOSOS SE REFUGIAN EN EL CONVENTO DE LOS CARMELITAS

Desde el cuartel de Gerona, o de caballería de Santiago, en el cruce Lepanto/Travesera de Gracia, cerca del Hospital de San Pablo, salieron hacia las cinco de la mañana tres escuadrones de unos cincuenta hombres cada uno, a pie, con ametralladoras cargadas en autos. Su objetivo era dominar el Cinco de Oros (hoy plaza Juan Carlos I), en el cruce del Paseo de Gracia con Diagonal, para luego bajar a plaza Urquinaona y Arco del Triunfo. Fueron ligeramente hostilizados durante todo su recorrido por las calles Lepanto, Industria, Paseo de San Juan (entonces García Hernández) y Córcega. Pero en el Cinco de Oros les esperaban varias compañías de asalto, con un escuadrón de caballería y una sección de ametralladoras, acompañados por una multitud de militantes obreros, apostada en azoteas, balcones, árboles y portales, armados con automáticas y bombas de mano. De manera inesperada para los sublevados, que avanzaban sin la precaución de un pelotón de exploradores, un nutrido fuego barrió la vanguardia produciendo gran número de bajas



entre la tropa y oficiales. El coronel Lacasa, que dirigía el regimiento de Santiago, se refugió con los oficiales supervivientes y algunos soldados en el Convento de los Carmelitas, sito en Diagonal esquina a Lauria, donde con la activa ayuda de los frailes se hicieron inexpugnables gracias a las ametralladoras instaladas en los bajos y en la azotea. El destacamento de la guardia civil, enviado para combatirlos, se les unió en la resistencia. El coronel situó alrededor del convento puestos avanzados en los cruces de las calles Córcega-Santa Tecla, Clarís-Diagonal y Menéndez Pelayo (ahora Torrent de l'Olla)-Lauria, que dadas las numerosas bajas se vio obligado a retirar a última hora de la tarde. Ya de noche, los facciosos sitiados en el convento, pactaron rendirse a la guardia civil al amanecer del día siguiente.

A muy poca distancia, en la confluencia de Balmes con Diagonal, media hora después del inicio del enfrentamiento en el Cinco de Oros, cuatro camiones procedentes del Parque de Artillería de San Andrés, que transportaban unos cincuenta artilleros con destino plaza de Cataluña, fueron emboscados, detenidos y aniquilados por las descargas de fusilería de obreros y guardias de asalto. Armas y cañones fueron tomados por los obreros.

EN LA BARCELONETA: BARRICADAS MOVILES CONTRA LA ARTILLERIA

El regimiento de artillería de montaña, en el cuartel de los Docks de la Avenida Icaria, fue el foco principal de conspiración del levantamiento militar. Del cuartel habían conseguido salir dos camionetas, con sendas piezas de artillería, que llegaron con éxito a su destino en plaza de España. Una pieza, colocada en el centro del patio, anunció con su estampido que la artillería había salido a la calle. A las seis se organizó una columna, al mando del comandante Fernández Unzué, que tenía por objetivo tomar primero el Palacio de Gobernación y acto seguido el palacio de la Generalidad. En octubre de 1934, a este mismo comandante, al mando de una sola batería, le había bastado empezar a disparar contra el Palacio de la Generalidad, para ver inmediatamente la bandera blanca que ponía fin a la rebelión catalanista de Companys. Un avión bombardeó el cuartel antes de la salida, causando algunas bajas y cierta demoralización. Pese a todo salieron las tres baterías a la calle, sin esperar la llegada de las dos compañías del cercano regimiento de Infantería Alcántara, que debían cubrirles. Que las baterías debían estar protegidas por la infantería era cosa de manual, puesto que las piezas de artillería tenían que avanzar lentamente por el centro de la calle, al descubierto, arrastradas por animales; pero los oficiales estaban convencidos de que el "populacho" correría al oír el trueno del primer cañonazo. Mientras tanto en la Barceloneta la exaltación de vecinos y portuarios se convirtió en un grito unánime que exigía armas. El comandante Enrique Gómez García, del cuartel de la Barceloneta de los guardias de Asalto, ante la inminencia del enfrentamiento, decidió repartir armas a quien dejara, como garantía de devolución, el carné sindical o político. La primera batería, dirigida por el capitán López Varela, consiguió avanzar sin dificultad hasta sobrepasar el puente de San Carlos (hoy desaparecido), que cruzaba la Avenida Icaria y las vías ferroviarias, cuando inesperadamente le dispararon un grupo de fuerzas de Asalto, y obreros armados por éstos, apostados en las inmediaciones de la plaza de toros de la Barceloneta (hoy desaparecida), en el propio puente, en los vagones y tapias del ferrocarril, en los balcones y azoteas más cercanas. Rápidamente se sumaron a la lucha un enjambre de militantes obreros de Pueblo Nuevo, la Barceloneta, y de los sindicatos del Transporte y Metalúrgico de las Ramblas. Las tres baterías se en-

contraron atezadas entre dos flancos, obstaculizándose unas a otras el avance. López Varela consiguió emplazar las ametralladoras y los cuatro cañones de su batería, y empezó a disparar, sin dejar de avanzar hacia la Barceloneta. Tras dos horas de luchar a la defensiva las dos baterías de retaguardia, inmovilizadas y constantemente acosadas por atacantes bien parapetados, consiguieron regresar al cuartel con numerosas pérdidas, en una retirada caótica, marcada por el terror y la desbandada del ganado que transportaba unas municiones que estallaban al ser alcanzadas por los disparos. Ya a la entrada del cuartel tuvieron catorce bajas, causadas por el ametrallamiento de dos aviones, que poco después bombardearon con menor fortuna el interior del cuartel. La batería de López Varela, que ya no podía retroceder, no pudo superar la confluencia de la avenida Icaria con el Paseo Nacional, cerrada por una enorme barricada de dos metros de altura, que los portuarios habían levantando con los habituales adoquines y los menos corrientes sacos de algarobas, además de las maderas y quinientas toneladas de bobinas de papel descargadas en media hora por carretillas eléctricas del buque "Ciudad de Barcelona", atracado en el vecino "moll de les garrofes", punto habitual de estiba de algarobas de los veleros que las transportaban desde poblaciones costeras de Castellón y Tarragona. La batería era hostigada por los disparos de mortero que se le hacían desde la azotea de Gobernación, así como por las nutridas descargas de fusilería y ametralladoras procedentes de la Escuela Náutica y el Depósito Franco. Los militares cañoneaban barricadas y multitud, produciendo en ambas terribles brechas; pero las barricadas se rehacían y la multitud volvía a intensificar su cerrado ataque. La posición de los facciosos se hizo insostenible. A las diez recibieron la orden de retirada, pero ésta se convirtió en un martirio, porque a medida que los soldados intentaban retirarse, las bobinas de papel, convertidas en barricadas móviles, avanzaban empujadas por trabajadores sin armas, mientras otros bien protegidos tras las bobinas lanzaban bombas de mano y disparaban sin tregua. Se produjo el asalto final sobre una treintena de hombres, parapetados tras sus piezas artilleras y los animales muertos, llegándose a la lucha cuerpo a cuerpo. López Varela, herido, fue trasladado a Gobernación, con el resto de oficiales hechos prisioneros, mientras los soldados confraternizaban con el pueblo. Se habían conseguido varios cañones y diverso armamento: aún no eran las diez y media de la mañana.

El cuartel de los Docks estaba sitiado, con una barricada colocada a cien metros de la puerta principal. La infantería del regimiento de Alcántara fue fácilmente repelida en dos ocasiones, aunque algunos soldados consiguieron entrar por sorpresa en el cuartel, sin alterar la desesperada situación de los sitiados, que hacia las ocho de la tarde se rindieron a unos oficiales de la guardia de Asalto, que se hicieron cargo de los prisioneros. Por la noche el cuartel fue tomado por los comités de defensa de la Barceloneta y Pueblo Nuevo, sin hallar resistencia.

EN PLAZA URQUINAONA: LOS FACCIOSOS NO CONSIGUEN OCUPAR LA RADIO

Junto al Parque de la Ciudadela había dos cuarteles: el de Intendencia, fiel a la república, hasta el punto de confiarles la separación y vigilancia de los dos tercios de la guardia civil, que al mando del coronel Escobar subieron por Layetana para tomar la plaza de Cataluña, y el cuartel del regimiento de infantería Alcántara, con una oficialidad dividida entre simpatizantes y opuestos al alzamiento, que mantuvo una curiosa neutralidad y una típica "precaución soldadesca" que tuvo por resultado que las tropas salieran muy tarde a

la calle, después de las nueve de la mañana, por orden del general Fernández Burriel. Una compañía tenía la misión de socorrer al sitiado cuartel de artillería de los Docks, que fracasó ante la oposición de una multitud en armas que le hizo regresar pronto a su cuartel. La segunda compañía tenía por objetivo la ocupación de los estudios de Radio Barcelona en la calle de Caspe número 12. Acosada la tropa en plaza Urquinaona, intentaron desesperadamente subir por la calle de Lauria hacia Caspe, pero tras una hora de duro combate la compañía estaba prácticamente deshecha, consiguiendo un grupo refugiarse en el Hotel Ritz, donde se rindieron tras ser cañoneados.

EN LA CALLE DIPUTACION: LOS CAMIONES SE LANZAN SOBRE LA ARTILLERIA

El cuartel del regimiento de Artillería ligera nº 7 y el Parque de Artillería eran dos edificios situados en el extremo de la calle San Andrés del Palomar. Los facciosos organizaron la defensa conjunta de los dos edificios, contando con la colaboración de elementos civiles, en su mayoría monárquicos que habían reaccionado desfavorablemente a la arenga que el capitán Reinlen les dirigió con los gritos finales de viva España y viva la república. En el Parque de Artillería se custodiaban unos treinta mil fusiles. Tras la primera salida de los cuatro camiones, que ya hemos visto que fueron aniquilados en el cruce de Diagonal/Balmes, se organizó la salida de una segunda agrupación que tenía por misión apoyar a la infantería del regimiento Badajoz (que se había refugiado ya en varios edificios de la plaza de Cataluña, sin poder avanzar más). Esta segunda agrupación estaba formada por una batería (cuatro cañones). Llegó a la calle Bruc, desde la calle Diputación, a las siete de la mañana, tras un largo recorrido de seis kilómetros, sin apenas incidentes desfavorables. En el cruce de Bruc con Diputación fueron sorprendidos por un grupo de asalto y obreros armados. El tiroteo puso en aviso a las cercanas fuerzas de asalto que protegían la Comisaría de orden Público en Vía Layetana, y a las que acudían desde el Cinco de Oros a plaza de Cataluña, así como a las fuerzas populares que asediaban el Hotel Colón y Telefónica. La batería avanzó por la calle Diputación hasta la calle Clarís, pero al intentar bajar por esta calle y atravesar la Gran Vía, se produjo un nutrido fuego de fusil y ametralladoras, que produjo numerosas bajas entre la tropa y el ganado. Emplazados los cañones y las ametralladoras en el cuadro formado por las calles Diputación, Clarís, Lauria y Gran Vía, dispararon contra la multitud que no cesaba de reagruparse y contraatacar. Los setenta soldados que formaban la batería se enfrentaban a un atacante mucho más numeroso, bien situado en azoteas, portales y balcones, que sobre todo no cejaba en su empuje, pese a los disparos de la artillería. Los refuerzos que acudieron en ayuda de las fuerzas populares estaban formados por dos compañías de guardias de asalto, ya que una tercera compañía rehuyó el combate para regresar cómodamente a su cuartel en la plaza de España, y por centenares de obreros, que no dejaban de sumarse al combate. La situación de la batería sublevada era cada vez más difícil. Pero tras dos horas de combate la mortandad causada por los cañonazos era espantosa. Los cañones estaban defendidos por una línea de ametralladoras, que hacía inaccesible cualquier ataque. Los guardias de asalto desfallecían, considerando que carecían de medios adecuados para enfrentarse a la artillería. La original y arriesgada táctica utilizada por un grupo de militantes cenetistas, para realizar con éxito el ataque final, consistió en subirse a la plataforma trasera de tres camiones, y tras lanzarlos a toda velocidad sobre la línea de ametralladoras, saltar de los vehículos, arrojando bom-



bas de mano. Con la sorpresa destrozaron y rebasaron la línea defensiva de las ametralladoras, que acto seguido fueron utilizadas por los obreros contra los artilleros. A las once de la mañana el combate había cesado. Mientras los oficiales facciosos se rendían a la guardia de asalto, los anarcosindicalistas se apoderaron inmediatamente de las ametralladoras y de un cañón, que arrastraron a peso hasta la plaza de Cataluña.

CAPITANIA ES CAÑONEADA Y ASALTADA POR EL PUEBLO: GODED PRESO

En el edificio de Capitanía, en el Paseo de Colón, donde estaban los mandos de la División de Cataluña, los generales y altos oficiales parecían representar una ópera bufa. Nadie obedecía ya al general Llano de la Encomienda, mando supremo de la División, y leal a la República, pero nadie se atrevía tampoco a destituirle y tomar el mando. El general sublevado Fernández Burriel permitió que Llano, desde su despacho, siguiera dando órdenes, o recibiendo llamadas telefónicas. Todo eran reproches de guante blanco, chulerías cuarteleras e invocaciones al honor. Cuando el general Goded, después de declarar el estado de guerra en Mallorca y dominar fácilmente la isla, llegó a Barcelona hacia las doce y media en unos hidroaviones, para encabezar la sublevación en Cataluña, no podía entender que Llano de la Encomienda siguiera libre, y el Estado Mayor no hubiera centralizado aún las operaciones de los facciosos. El trayecto de Goded desde Aeronáutica Naval hasta Capitanía estuvo jalonado por el ruido de intensos tiroteos y el lejano trueno de la artillería. Después de una serie de imprecaciones y mutuas amenazas de muerte con el general Llano, Goded se enfrentó a la situación militar existente en aquel momento. Hizo una infructuosa llamada telefónica al general Aranguren, de la guardia civil, para que se pusiera a sus órdenes. Aranguren que estaba en el Palacio de Gobernación, acompañado y discretamente vigilado por España, Pérez Farrás y Guarner, rehusó unirse a los sublevados. Ordenó Goded a la infantería del regimiento de Alcántara que intentara de nuevo auxiliar a las tropas de artillería de los Docks. No podía comprender que éstas hubieran salido sin protección de la infantería. Ante la desmoralización que producía entre los facciosos el constante bombardeo y ametrallamiento de la aviación ordenó, mediante un enlace, que los hidroaviones que le habían traído bombardeasen el aeropuerto de El Prat. Pero cuando el enlace llegó a Aeronáutica con la orden escrita, los hidros ya habían partido hacia su base en Mahón, ante la manifiesta hostilidad de la marinería y del personal de Aeronáutica. Eran las dos y media y la derrota de los sublevados parecía ya segura. Goded intentó entonces traer refuerzos desde Mallorca, Zaragoza, Mataró y Girona. Con Mataró y Girona no pudo hablar telefónicamente ni enviar a nadie, porque el coche blindado tenía los neumáticos agujereados por proyectiles. Zaragoza y Palma estaban demasiado lejos para que su ayuda fuese efectiva. Tampoco la infantería del regimiento de Alcántara alcanzó sus objetivos, ya que fue fácilmente rechazada en su segundo intento de aproximarse al cuartel de los Docks, y los soldados que consiguieron entrar por sorpresa en el cuartel fueron insuficientes para levantar el asedio.

Una multitud heterogénea, formada por militantes obreros que lucían fusiles, cascos y cartucheras tomadas al enemigo y guardias de asalto con la casaca desabrochada, o en camiseta, arrastraron los cañones tomados en Diputación-Clarís, bajando por la vía Layetana con el propósito de asaltar la División. El obrero portuario Manuel Lecha, antiguo artillero, emplazó las piezas en la plaza Antonio López para disparar directamente sobre el edificio

de Capitanía, mientras las baterías tomadas en la avenida Icaria ensayaban el tiro indirecto desde la Barceloneta. Eran las cinco de la tarde. Goded al ver los preparativos telefonó a España, consejero de Gobernación, para exigirle fanfarronamente su rendición, recibiendo como respuesta un plazo de media hora para rendirse, con la garantía de conservar la vida, ya que expirado el plazo la artillería comenzaría a disparar. A las cinco y media empezaron los disparos de artillería. Cuarenta cañonazos y una fusilería cada vez más cercana no ofrecían dudas sobre la inminencia del asalto. Apareció una bandera blanca y cesó el fuego por ambas partes, pero cuando un oficial leal se aproximó para obtener la rendición, volvieron a tabletear las ametralladoras de Capitanía. Se reinició la lucha y cuando las puertas estaban a punto de ceder volvió a aparecer una bandera blanca, pero ahora los asaltantes no cesaron el fuego, acabaron de derribar las puertas y entraron a la fuerza en Capitanía. Eran las seis de la tarde. El comandante Pérez Farrás, con peligro de la propia vida, consiguió proteger al general Goded de un linchamiento seguro, en el que perecieron varios oficiales vestidos de civil, y trasladarlo al Palacio de la Generalidad, donde fue convencido por Companys para que emitiera por los micrófonos de radio, allí instalados, un llamamiento para que cesara el fuego: "La suerte me ha sido adversa y yo he quedado prisionero. Por lo tanto, si queréis evitar el derramamiento de sangre, los soldados que me acompañabais quedáis libres de todo compromiso." Eran las siete de la tarde. El mensaje fue grabado y emitido por las emisoras de radio cada media hora, con notables efectos propagandísticos en toda España.

SAN ANDRÉS: EL PROLETARIADO BARCELONES TOMA TREINTA MIL FUSILES

Las escasas fuerzas que custodiaban el cuartel y parque de artillería de San Andrés, en su mayoría paisanos derechistas y monárquicos, veían como iba aumentando la masa que acosaba el cuartel. Hacía mediodía la aviación ametralló y bombardeó el cuartel y la maestranza, con cuidado de no hacer estallar el arsenal, causando algunas bajas, tanto entre los soldados como entre los que lo acechaban. Los aviones repitieron los bombardeos tres o cuatro veces más, provocando varios muertos y heridos, y una enorme desmoralización entre los defensores, a la que se sumó las noticias sobre el desastre de la rebelión militar en Barcelona. Al anochecer los defensores, tanto civiles como militares, abandonaron poco a poco el cuartel, emprendiendo la fuga. Ya sin resistencia alguna los comités de defensa confederales de San Andrés, Horta, Santa Coloma, San Adrián y Pueblo Nuevo asaltaron el cuartel y la maestranza, antes del amanecer, apoderándose de todo el arsenal allí depositado. Eran unos treinta mil fusiles. El proletariado barcelonés ya había conseguido armarse.

Los guardias de asalto, enviados por Escofet para evitarlo, desistieron el enfrentamiento armado con los obreros. Era ya demasiado tarde para imponer el orden burgués: la situación era netamente revolucionaria. Si esos guardias de asalto hubieran disparado sobre el pueblo se hubieran convertido inmediatamente en unos facciosos suicidas.

En realidad desde las seis de la tarde, con la toma definitiva de la plaza de Cataluña y la rendición de Goded en Capitanía, la sublevación podía darse por derrotada. Sólo quedaba una labor de limpieza que acabara con los últimos reductos. Los distintos cuarteles, sin apenas tropa, totalmente desmoralizados, y pasto de las crecientes deserciones, se rindieron o fueron asaltados en el transcurso de la tarde-noche. Así sucedió, por ejemplo, en el cuartel del Bruc,

en Pedralbes, custodiado por un pequeño retén de facciosos. Por la tarde un avión arrojó octavillas, explicando que los soldados estaban licenciados y los oficiales sublevados destituidos, que provocaron la deserción de casi toda la tropa. Los pocos oficiales que quedaban decidieron la entrega del cuartel a la Guardia civil, aunque éste poco después fue asaltado por los obreros cenetistas sin hallar resistencia. Lo bautizaron "Bakunin".

DÍA 20: ASALTO FINAL A LOS CARMELITAS Y AL CUARTEL DE ATARAZANAS

El día 20 ya sólo quedaban dos reductos facciosos: el convento de los carmelitas y el núcleo de Atarazanas y Dependencias militares.

Ya desde el amanecer una enorme multitud asediaba el convento de los Carmelitas, desbordando con su impaciencia el cerco de los guardias de asalto. Los asediados ya habían anunciado su entrega la noche anterior, aunque sin dejar de disparar ante cualquier intento de aproximación de los sitiadores. La activa complicidad de los frailes con los sublevados, a quienes habían dado refugio, auxilio médico y comida, se había convertido entre las masas que rodeaban el convento en la certeza de que los religiosos también habían disparado las ametralladoras, que tantas bajas habían causado. Hacia mediodía llegó el coronel Escobar, al mando de una compañía de la guardia civil, que parlamentó con los facciosos su inmediata rendición. Se abrieron las puertas y desde el exterior pudo verse a los oficiales, mezclados fraternalmente con los odiados frailes. Una masa furiosa, que desbordó a guardias de asalto y guardias civiles, invadió el convento matando a golpes, cuchilladas o disparos a bocajarro a religiosos y militares, para ensañarse luego con algunos cadáveres. El cuerpo del coronel Lacasa fue decapitado, el del capitán Domingo fue decapitado, mutilado y despedazado con una sierra y el del comandante Rebolledo capado. Anónimos milicianos disolvieron un desfile popular que festejaba la victoria con la cabeza empalada del coronel. Un taxi transportó al zoo los troceados despojos del capitán Domingo para arrojarlos a las fieras.

Al final de las Ramblas, ante el monumento a Colón, a la izquierda, se encontraba el edificio de las Dependencias Militares, y a la derecha, justo enfrente, el cuartel de Atarazanas, dividido en dos zonas, separadas por amplios patios separados por muros y puertas atrancadas: la Maestranza (edificio hoy desaparecido que daba a la Rambla de Santa Mónica), que resistía, y los antiguos astilleros medievales. El palacio de Dependencias (actual Gobierno Militar, donde fue juzgado en 1973 Salvador Puig Antich), albergaba todos los servicios auxiliares de la División: juzgados, auditoría, fiscalía, centro de movilización, etcétera. El fuego cruzado entre los edificios de las Dependencias, monumento a Colón y Atarazanas, los hacía inexpugnables. Desde el balcón de Atarazanas, que se abría sobre la Rambla, se batía un amplio espacio que causaba gran mortandad entre los asaltantes. El asedio había empezado el día 19. Al amanecer del día 20, dominada ya la sublevación en toda la ciudad, todas las fuerzas disponibles se desplegaron en la rambla de Santa Mónica en espera del asalto final. Una pieza del 7,5, al mando del sargento Gordo, no cesaba de disparar sobre el viejo caserón de Atarazanas, al tiempo que el camión que había salido de Pueblo Nuevo, con la ametralladora instalada en la parte trasera de la plataforma, protegido con colchones, hacía marcha atrás aproximándose al cuartel sin dejar de disparar sus ráfagas de ametralladora. La situación se hizo insostenible para los asediados: unos ciento cincuenta hombres, ciento diez en Dependencias y unos cuarenta en Atarazanas. Al asedio



de sumaron dos cañones y dos morteros emplazados en el muelle. La aviación bombardeaba y ametrallaba asiduamente. Desde las terrazas próximas se lanzaban bombas de mano. El agotamiento de la dotación de munición de los asediados decidió la rendición de los soldados de las Dependencias Militares, que tras negociar en Gobernación la salida con garantías de los familiares de la oficialidad, que había en el edificio, izaron bandera blanca poco después de mediodía, permitiendo la entrada de los guardias de asalto. Los anarquistas que asediaban el último reducto de los rebeldes, en Atarazanas, rechazaron la intervención de la guardia civil y de los militantes del POUM en el asalto final. El Comité de Defensa de la CNT, el antiguo grupo "Nosotros" en pleno, estaba frente a Atarazanas, decidido a tomarlo. En un imprudente avance Francisco Ascaso fue muerto de un tiro en la cabeza. Poco después se rindieron los combatientes en Atarazanas, que izaron bandera blanca, a cuya vista los libertarios saltaron los muros y entraron en tromba dispa-

rando sobre los oficiales y confraternizando con la tropa. Faltaba poco para la una de la tarde.

BIBLIOGRAFIA ESENCIAL PARA SABER MAS:

- "ABAD DE SANTILLAN, Diego": *La revolución y la guerra en España*. Nervio, Barcelona, septiembre 1937.
- DIAZ SANDINO, Felipe: *De la conspiración a la revolución*. Texto mecanografiado.
- ESCOFET, Federico: *De una derrota a una victoria: 5 de octubre de 1934 - 19 de julio de 1936*. Argos Vergara, Barcelona, 1984.
- GARCIA OLIVER, Juan: *El eco de los pasos*. Ruedo Ibérico, Barcelona, 1978.
- LACRUZ, Francisco: *El alzamiento la revolución y el terror en Barcelona*. Librería Arysyl, Barcelona, 1943.
- PAZ, Abel: *Durruti en la Revolución española*. Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 1996.
- PEIRATS, José: *La CNT en la revolución española*. Ruedo Ibérico, París, 1971.
- ROMERO, Luís: *Tres días de julio*. Ariel, Barcelona, 1976. (Novela).

Mateo Rello

-Pregunta. Tú eres hija de anarquista ¿Cómo era aquel mundo libertario en el que te criaste?

-Respuesta. He vivido casi siempre entre anarquistas. Mi padre, Joan Pérez Güell, era militante de la CNT ya antes de la Dictadura (de Primo de Rivera). En casa habíamos tenido compañeros ocultos; eran los tiempos de la Ley de fugas: los liberaban para ametrallarlos por la espalda. Vivíamos en un piso muy pequeño del barrio de Les Corts. Recuerdo cómo, mi hermano y yo, escuchábamos las conversaciones por un ventanuco que comunicaba el comedor con el dormitorio: que si han detenido a éste, que si el otro se ha escapado. Teníamos mucho miedo por mi padre. De tanto en tanto venía la policía a hacer algún registro y a detenerle; media infancia mía transcurrió yéndole a ver a la Modelo. ¡Cómo la odiaba! Una vez, siendo muy pequeña, claro, quise llevar un martillo para romper los barrotes.

Y precisamente mi «bautizo» como militante tuvo que ver con eso. Fue el día de la proclamación de la República. Aquel 14 de abril yo estaba trabajando (por aquel entonces, trabajaba en un taller de artes gráficas en la calle París) y de repente empecé a oír jaleo: era una manifestación. Venían cantando «La Marselesa», «Hijos del pueblo»...; bajé corriendo del taller y escuché los gritos de «¡A la cárcel! ¡A abrir las puertas de la cárcel!» Y me uní a la manifestación. Por el camino fuimos cogiendo piedras y, al llegar a la Modelo, apedreamos las ventanas y abrieron enseguida. Se conoce que ya debían haber dado la orden porque no se iban a asustar por cuatro cristales rotos. Así que entramos a los locutorios y los presos salieron. ¡Todo eran abrazos!

El 1º de Mayo de ese año fui al famoso mitin de Bellas Artes. Hablaron Durruti, García Oliver, Federica Montseny... En el mismo acto, que fue como una asamblea abierta, se adoptaron una serie de puntos reivindicativos (jornada laboral, alquileres) y, una vez confeccionado el pliego de exigencias, salimos en camiones hacia la Plaza de Sant Jaume. En cuanto llegamos, cerraron las puertas y comenzó un tiroteo que costó dos muertos. ¡Empezábamos bien con la República!

En aquel momento estaba todo por hacer. Se empiezan a formar los ateneos en muchos barrios; de los más importantes fue Sol y Vida del Clot. Aquellos ateneos tenían muchas secciones: cuadro escénico, biblioteca (y lecturas comentadas), coro, grupo de excursiones... En Les Corts, que, la verdad, ha sido siempre un barrio muy apagado, no había nada, así que los de mi colla (éramos los miembros del coro del barrio cuando no se podía montar otra cosa) nos apuntamos al ateneo Faros, que estaba en la Avda. Mistral y era el que nos quedaba más cerca. En Faros pasé buena parte de mi juventud.

Estando allí, montamos varios grupos de la FAI (yo, además, ya era socia del Sindicato de Artes Gráficas de CNT, que estaba en la calle Mendizábal, hoy Junta del Comerç). El grupo más popular era «Sacco y Vanzetti», pero creció tanto que decidimos dividirlo en tres; entonces pasé a otro, «Siempre adelante», y luego a un tercero del que no recuerdo el nombre. Llegamos a ser 15 grupos.

Así llegamos a 1933, que fue un año muy agitado. Se hacía mucha propaganda y parecía que la revolución llegaba ya. Participé en el Movimiento del 8 de enero, que montó Joan García Oliver. García Oliver había estado en Faros enseñándonos a manejar las armas (habíamos llegado a hacer prácticas de tiro en la montaña). A nuestro grupo de FAI le encargó asaltar el cuartel de San Agustín, que estaba por el centro. Teníamos alguna pistola y bombas de mano que habíamos fabricado en casas de compañeros. Se nos dio

Concha Pérez y la Anarquía

Concha Pérez es pequeña y de apariencia frágil. Pulcra y escueta como un signo, tiene esa dignidad serena de la gente que ha vivido honestamente, con autenticidad y sin estridencias. Y con conciencia de las cosas de la vida,

la misma que mantiene y que, a sus 91 años, mantiene a su vez en la brecha. Concha Pérez guarda en su breve presencia una inmensidad de historia. Y nos habla así del trocito de Revolución que ella misma es.

esta consigna: al llegar a los muros del cuartel, debíamos disparar al aire y, si todo iba bien, alguien respondería desde dentro (debía haber algún infiltrado o compañeros haciendo el servicio militar, no sé). Esa era la señal para tomar el cuartel. Pero ¡aquello fue un desastre! Nadie nos esperaba, las bombas no funcionaron... En fin, un desastre.

Ese mismo año (yo tenía 17), comencé una huelga en el muelle que acabó en paro general. Fuimos a hacer que cerraran unos talleres. Como siguieron trabajando, apedreamos las ventanas. En estas llegó la policía; un compañero me pasó su pistola para que se la escondiera y la policía me detuvo y me la encontró encima. Pasé cinco meses en la cárcel de Amàlia, que era la de mujeres. Allí realmente las condiciones de vida eran terribles.

Aún estaba en libertad condicional cuando se dieron los hechos del 8 de diciembre. En algunos lugares se proclamó el comunismo libertario durante varios días. Esta vez nos tocó ir a Hospitalet. Debíamos reunirnos con otros grupos bajo la carretera de Sants. Y fuimos, aunque estábamos advertidos de que la policía conocía el plan: el hermano de un compañero era guardia de asalto y nos avisó de que el día previsto tenían orden de permanecer acuartelados. «Lo que vais a hacer, ya lo saben», me decía, y tenía razón. Pero fuimos, a pesar de todo. En esta ocasión, la consigna era que, al llegar, debíamos gritar «Cal» y nos responderían «Cetín» ¡De novela! Total que llegamos, gritamos «Cal» y, en efecto, se oyeron voces. Al principio no les entendíamos, hasta que se acercaron más. ¡Resultado ser la Guardia Civil, que nos daba el alto! Suerte que no estaban al tanto de lo que había y les engañamos diciéndoles que veníamos del cine.

Luego vino el error de las elecciones de 1934. Porque yo creo que nos equivocamos. Hicimos una gran campaña por la abstención (hasta se grabaron monedas de 10 cts con el lema «No votar»). Como las mujeres pudimos votar por primera vez, la derecha hasta movilizó a las monjas para que lo hiciera. Ganaron y vino lo que vino. Eso sí, razones no nos faltaban: las prisiones y los barcos-prisión estaban otra vez a rebosar de compañeros.

P. Hasta el gran vuelco de aquel 19 de julio.

R. Ha pasado mucho tiempo (entonces, yo tenía 20 años), pero hay cosas que parece como si las estuviera viendo ahora mismo.

Aquello se veía venir. Cuando se levantaron en Marruecos, ya llevábamos tiempo reuniéndonos en casas particulares y bares porque constantemente nos clausuraban los locales (en aquel momento, Faros estaba cerrado y creo que el sindicato también). La noticia del levantamiento en África nos cogió a los de mi grupo en casa de un compañero, y ya se esperaba que ocurriera aquí otro tanto de un momento a otro. Fuimos inmediatamente a uno de nuestros lugares de reunión, el bar Els Federals (estaba en Les Corts, en una zona que hoy ni existe, y allí coincidíamos con gente del POUM, con la que siempre tuvimos mucha afinidad, con republicanos y miem-



FOTO: María P. B.

bro de ERC, pero pocos comunistas porque con ellos acabábamos siempre peleándonos).

Una vez allí, organizamos una requisita de colchones y monos. Pasamos la noche del 18 al 19 como pudimos, durmiendo por turnos sobre los colchones en el bar.

Antes de que amaneciera, nos avisan de que el cuartel de Pedralbes se ha unido al alzamiento. Sin pensar mucho, porque si nos paramos a pensarlo no vamos, forramos el camión del bar con colchones y salimos para allí, prácticamente desarmados. Subimos por la calle Morales. De camino, nos dispararon desde el campanario del convento de Loreto, que estaba en la Travessera de Les Corts, cerca de donde está hoy la filmoteca. Como queríamos llegar al cuartel cuanto antes, atravesamos como pudimos y continuamos la marcha. Sobre las 6 de la mañana llegamos a la Diagonal. Allí ya encontramos soldados leales que nos recibieron con el «Salud, compañeros». Resulta que los fascistas habían salido en dirección a la Plaza Catalunya. Decidimos llegar al cuartel para intentar armarnos. Cuando llegamos, los compañeros de Sants ya estaban allí. En el cuartel sólo había una guardia de pocos militares que, además, se declararon leales a la República. Nos recibió un oficial y él mismo nos acompañó al depósito de armas y nos dijo que cogiéramos lo que quisiéramos. Yo llevaba una pistola, que tenía su historia. La escondía mi padre desde hacía años. Me había enseñado a cargarla y manejarla, y yo iba siempre detrás de ella, pidiéndosela. «Cuando llegue el momento», me decía, y entonces me la dio. Por cierto, que ese día la perdí. El caso es que el oficial, al ver ese arma, me dijo «Pero ¿dónde vas con eso? Toma» Lo que me daba era una Star de calibre grande, un pistolón que cada vez que disparaba casi me sentaba del retroceso. Otros compañeros llevaban escopetas de caza, algún que otro fusil de las jornadas de octubre del 34 y varias armas que se habían recuperado en el Paralelo, en las alcantarillas (las habían tirado y se ve que no llegaron a hundirse). En fin, apenas nada. Así que cargamos el camión de fusiles hasta los topes y volvimos al bar. En-

tonces nos dimos cuenta de que, emocionados como estábamos, ¡nos habíamos dejado la munición!

Mientras ocurría esto, habían abierto las puertas de la Modelo e iban llegando los presos y otros compañeros para armarse. A la vez, en el barrio seguían las incautaciones. Hacía el mediodía, nosotros nos dirigimos al convento de Loreto y lo incautamos; en el campanario no había ni rastro de nadie. Hicimos salir a las monjas, vestidas de paisano.

Luego, empezamos a levantar barricadas en algunos puntos del barrio (en la Travessera, en la calle Cabestany, otra donde estaba la fábrica que le decían del Vitriolo...) por si había que defenderlo.

Por la tarde, algunos compañeros se incautaron de la Maternidad. Aquí, bastantes monjas decidieron quedarse para cuidar de los niños. A la que se quería ir, se le escoltaba hasta el tren y se le daba para el pasaje; otras se quedarían en Barcelona, con parientes o conocidos. En fin, contra lo que se ha dicho, se las trató bien, demasiado bien. Al frente de la Maternidad quedaba Félix Carrasquer, que fue el que montó la escuela racionalista del barrio en 1935 (estaba en la calle Vallespir y la llamamos Eliseo Reclús; ya con Franco, fue «la escuela de Les Corts»).

Nosotros nos dirigimos del Loreto al ateneo del barrio*, que ya existía (estaba en el passatge Sagristà y se llamaba Ateneu Humanitat), para habilitarlo como depósito de armas y suministros. Allí mismo montamos la cocina colectiva.

A los tres días, mi hermano y yo nos enteramos de que en el cuartel de Pedralbes se estaba organizando una columna para salir hacia el frente y nos apuntamos. Estuvimos tres o cuatro días y yo salí para Caspe, donde nos incorporamos a la Columna Ortiz. Recuerdo los aviones de los nacionales volando muy bajo para dispararnos; les respondíamos con los fusiles, aunque era imposible llegar a tocarlos. De Caspe salimos para la Zaida. Allí estuvimos hasta el ataque de Belchite. De camino, en Zaila, me encontré a mi hermano, que estaba de artillero con el capitán con el que había hecho el servicio (en la zona se mezclaban militares y milicianos; además, en todas las columnas había un jefe militar y otro civil). Comenzó el ataque. Debía ser finales de septiembre. Una noche, nos dieron el alto en unas montañas; al día siguiente, los fascistas nos hicieron retroceder. Lo de siempre: falta de municiones (la poca que traíamos la habíamos gastado por el camino). ¿Cómo resistir así? Yo, la verdad, tenía poca puntería y, al disparar, el retroceso del arma me tumbaba; pero llegué a tener algo de práctica. De todas maneras, en combates como el del día que te digo, era difícil ver a nadie, se disparaba a ciegas. Muchas veces, del enemigo no veías más que los pertrechos abandonados por el camino: una cantimplora aquí, una fiambra allá.

Después de un permiso, durante el que estuve ayudando en la Maternidad, volví al frente, esta vez a la zona de Tardienta, donde coincidimos con las Brigadas Internacionales. Aquí sólo estuve un par de meses: unos cuantos cogimos la sarna y nos tuvieron que evacuar al hospital de Lleida

y de aquí al Militar de Barcelona. Entonces mi hermano me habló de una fábrica de armamento en el barrio de Sants en la que hacía falta gente de confianza (se sospechaba que la antigua dueña, ahora empleada, sabotaba la producción, aunque, a la vista de cómo ayudó a gente durante el franquismo, no creo que fuera cierto). En esa fábrica colectivizada, que pasó de ser un taller con 20 empleados a una fábrica moderna con 200 (y eso que no nos dio tiempo a montar la guardería y el comedor previstos), estuve el resto de la guerra. Allí era más útil que en el frente.

P. Durante los «hechos de mayo» fuiste herida. Aquello supuso el fin de muchos logros.

R. Hacía tiempo que las cosas no iban bien, y el malestar se notaba en todas partes. Cuando por fin estallaron los hechos de mayo, me acerqué al barrio a buscar información porque llegaban rumores de que algo gordo estaba ocurriendo en el centro. Los compañeros me encargan que vaya al Comité Regional ya que, al ser mujer, pasaría desapercibida más fácilmente. La hermana de Carrasquer, Presen, no quiso que fuera sola y decidió acompañarme.

Pues verás. En la fábrica había un italiano, Saboritti, que, al enterarse de adónde íbamos, nos ofreció llevarnos en su coche y aceptamos. Ahora, si llego a saber cómo era el coche, no subo ni loca: estaba completamente forrado de chapas. ¡Parecía un tanque! Por si fuera poco, a Saboritti no se le ocurre otra cosa que bajar directamente por Via Laietana y pasar por delante de la Jefatura de Policía. Bueno: comenzaron a llover balas de todas partes, yo creo que hasta del Comité; nos tiraban también bombas de mano y venga tiros y tiros. Claro, al ver aquel trasto blindado, en Jefatura pensaron que veníamos a tomar el edificio (y es que incluso salió así la noticia en algún periódico). Menos mal que Presen mantuvo la serenidad y sacó un pañuelo por la ventanilla. El caso es que Saboritti quedó muy mal herido, con un tiro en la cabeza que le tuvo un año en el hospital, y a mí se me clavaron en el vientre algunas esquirlas, que yo creo que eran de las mismas chapas del coche. Me llevaron al Hospital Clínico y, mientras hacían el atestado, salí por otra puerta sin problemas (no sé si hicieron la vista gorda). Volví andando al barrio y los compañeros me llevaron a una clínica cercana, donde me pusieron la inyección del tétanos, pero resulta que pocos días antes me habían puesto otra por una herida accidental y cogí una fiebre tremenda. Ya no supe más de los famosos «hechos de mayo». Luego las cosas fueron muy distintas, íbamos de capa caída y estábamos muy desmoralizados.

Llegó la derrota y pasé a Francia. De tanta amargura y angustia, muchos recuerdos de aquella época los tengo como borrados. En septiembre de 1942 decidí volver con mi hijo, que entonces tenía tres meses. Participé en la vida clandestina de la organización y más de una vez estuve a punto de meterme en un lío. La verdad es que fueron años muy, muy duros; la represión tumbaba comité tras comité y aún se fusilaba a mucha gente.

Luego, durante los años 50 y 60, viví las reuniones de compañeros, camufladas de tertulia, en el bar Los pajaritos, que estaba en la Ronda de Sant Pau, y, ya sin Franco, la tertulia, esta sí, en el Centre Lleidatà, que está sobre el bar Estudiantil de la Plaza Universitat, que duró de los años 70 hasta 1994. Las dos me ayudaron a mantener el contacto con los compañeros. Ahora participo en el proyecto «Dones del 36», que está a punto de cumplir 10 años: hay mucho que decir y mucho que recordar.

*Concha Pérez nos ha enseñado fotocopia de algunos documentos depositados hasta hace poco en el Archivo de Salamanca. En algunos salvoconductos para llegar al frente de Aragón, figura la dirección del Comité Revolucionario de Les Corts: Deu i Mata, 59.

En el 70º Aniversario de la Revolución

Vigencia de "El eco de los pasos", de Juan García Oliver

Carles Sanz

Han pasado casi tres décadas desde la primera edición de "El eco de los pasos". Agotada esa edición hace ya algunos años, he visto a todo tipo de gentes (ácratas agazapados, investigadores, estudiantes, profesores, viejos militantes, etc.) buscar en librerías y "paradas de viejo" un ejemplar del mismo, no importando su estado de conservación o el precio a pagar.

Dicho esto y como cabe suponer, no estamos hablando de cualquier libro de memorias, sino de "Las Memorias", como así ha sido catalogado en estos últimos años incluso por sus detractores. Posiblemente sea este el único libro de memorias sobre la CNT y el movimiento revolucionario español, si lo comparamos con los de otros históricos militantes cenetistas (Federica Montseny, Diego Abad de Santillán, Ricardo Sanz, etc.) que no aportan nada novedoso a lo ya sabido hasta ese momento.

Resulta como mínimo sospechoso que en el año de su edición, 1978, el libro tuviera tan mala acogida entre los militantes más conocidos del movimiento libertario y asimismo en toda la prensa confederal, por cierto, bastante abundante en esa época. Un repaso por ella nos lleva a contar tres o cuatro artículos como mucho, es decir casi nada, si exceptuamos el dossier que le dedicó la por entonces influyente revista "Historia Libertaria" en su número 4 de marzo/abril de 1979.

Una de las primeras consideraciones sobre "El eco de los pasos" a tener en cuenta, es que fue redactado por su autor a la edad de 78 años y prácticamente sin documentación, si exceptuamos su etapa mexicana, al menos la necesaria para contrastar aquello que la memoria deja perdido en el camino. Consecuencia de ello, son los errores que comete García Oliver referentes a lugares o fechas, fácilmente disculpables. Pero me descubro ante su prodigiosa memoria y la pasión con la que lleva al lector, página a página, a relatar sus vivencias.

La segunda consideración reside en la gran capacidad que demuestra como escritor, nos encontramos ante un relato pormenorizado, ágil, alegre en su lectura y fácil de comprensión. En ese sentido es hora también de rendir homenaje al excelente trabajo realizado como corrector de estilo por su editor José Martínez, alma y fundador de la editorial Ruedo Ibérico.

Un tercer aspecto a destacar estriba en lo que dice y, por supuesto, en lo

que no dice el autor. Juan García Oliver no quiso ocultar todo aquello que hasta entonces parecía haber estado censurado, incluso por los propios anarquistas, en temas poco claros hasta entonces en la historia de la CNT. En definitiva, no se calla la boca ni tan siquiera para criticar a mitos y mártires del anarquismo.

Un ejemplo de ello está en el famoso Pleno de Locales y Comarcas de la CNT del día 23 de julio de 1936, no busquen las Actas no las encontraran, ya se preocuparon algunos de que no salieran a la luz. Incluso en la historia "oficial" de la CNT de José Peirats, editada en el exilio, no hemos encontrado ni una sola línea. ¿Por qué? Entre el "ir a por el todo" o "a la colaboración" se escoge esta última. ¿Cómo es posible que en el Congreso de Zaragoza se apuesta por la implantación del comunismo libertario y dos meses después se renuncia a él para colaborar con la Generalitat y posteriormente con el Gobierno central?

Esa situación es la que aborda García Oliver en sus memorias y lo que nos viene a decir, después de años y años de acción, es que a la hora de articular el orden revolucionario y ante la decisión más importante y trascendental en la historia de la CNT, se decide en nombre de no se sabe qué "principios anarquistas" tomar un camino que llevó no sólo a la contrarrevolución, como era de esperar, sino también a la pérdida de la guerra y de la propia revolución. Esta catástrofe monumental quedó mitigada en parte por la "obra constructiva" de la base confederal, que desobedeciendo a su cúpula se lanzó a implantar la colectivización de la tierra y la socialización de la industria.

La importancia de este hecho revolucionario radica en que en él está contenida la trayectoria anterior y pasada del devenir confederal. García Oliver aborda este tema sin tapujos, sin acusar a nadie en concreto pero, eso sí, aludiendo al talante liberal pequeño-burgués de algunos de sus dirigentes y en particular a todos los que giraban alrededor de la denominada "comitecracia". Diversos historiadores y militantes de la CNT a lo largo de los años han tratado este tema, excusándose en el sentido de que en ese momento no se sopesaron con serenidad y calma todos los pros y contras de esa resolución. Es evidente que el fascismo apretaba y también, como dijo Peirats, García Oliver previamente había puesto el dedo en la llaga, "o el comunismo libertario, que es igual a la dictadura anarquista,

o la democracia, que significa la colaboración". Parece que el tiempo se haya detenido ya que todavía seguimos reflexionando y debatiendo ese dilema.

El libro es un recorrido por la historia de la CNT y del movimiento obrero en la década de los veinte y los treinta, llena de vivencias personales, enseñanzas, anécdotas, pero ante todo es, como nos recuerda Rafael de Iñesta, "una manera de ser, hacer y de enfrentarse a la vida", es decir, poner en práctica una ideología, en este caso el anarcosindicalismo, no como una teoría sino como un proyecto social de una sociedad alternativa y que García Oliver quiso demostrar que era viable. ¿Cómo?, a través de su conducta cotidiana, del día a día.

El libro está relatado con cierto sabor agri dulce, hay quien ha dicho que con rencor, y con bastante ego. Ese yo ególatra sobresale en diferentes momentos cruciales del libro, evidentemente menospreciando o empujando el papel de los otros. Ese ególatra, al leer el "Eco de los pasos", hay que saber separarlo de su papel como trabajador autodidacta, de su orgullo como trabajador intelectual que quiere demostrar a la burguesía de que "no hace falta ser burgués para ser inteligente y no ser hipócrita y falso como ellos". Toda esa generación, que por desgracia se acaba en 1939, se enfrentó al poder para abrir paso a una sociedad nueva, y aprovecharon el tiempo para hacer la revolución y además, como relata García Oliver, se sentían seguros de poderla realizar.

Un tema muy importante del libro y que se aborda con mucha claridad es el de la violencia. Este tema, tabú en otras memorias, García Oliver lo trata en su dimensión exacta, es decir, nos retrata a toda una generación y al mismo tiempo nos hace comprender toda una serie de valores que hoy ya no existen. El uso de la violencia deja fuera de toda duda a todos aquellos que siempre decían que su uso había sido al margen de la CNT, y que en todo caso era obra de "grupos violentos". Lo que el autor nos quiere decir es que la CNT no cultivaba el terrorismo ni el "pistolero", pero que había que actuar en defensa de la clase obrera y por supuesto en defensa propia.

Como ejemplo de lo que estamos diciendo, García Oliver nos relata la ejecución de Dato, Jefe del Gobierno en esos momentos, la cual fue acordada en un Pleno por el Comité Regional de la CNT de Catalunya. También las acciones de grupos como "Los Solidarios" que había recibido el soporte de Sindi-

catos, Federaciones Locales y Comarcas. Basta recordar, en ese sentido, que el "comité de acción" que aprobó dichas acciones estaba formado por los considerados reformistas: Pestaña, Peiró, Piñón y Marco. Como ya ha indicado más de uno, la respuesta a la violencia del Estado y de la patronal fue un fenómeno "orgánico".

La denominada "gimnasia revolucionaria" propuesta por García Oliver es otro de los puntos conflictivos del libro en la defensa que hace respecto a las tácticas y estrategias que debía llevar a cabo la CNT. Su ensayo más conocido es el de los sucesos del 8 de enero de 1933, calificado de fracaso por la propia CNT. Estas manifestaciones de la "gimnasia revolucionaria" a mi entender no cayeron en saco roto y dieron su fruto en las calles de Barcelona el 19 de Julio de 1936.

Otro de los temas a tener en cuenta en el libro, es el de las relaciones entre la FAI y la CNT. Este hecho se ha caracterizado por la crítica que muchos historiadores, contrarios al anarquismo, hacen de esta polémica, es decir, el de una CNT dominada por la FAI. García Oliver niega esa situación, su tendencia "antiorganicista" le hace no ingresar en la misma hasta 1933. El mismo Peirats ya dijo hace tiempo que "algunas personalidades que hablaban en nombre de la FAI tuvieron más influencia que nosotros mismos, que la representábamos oficialmente", naturalmente se refiere a Ascaso, Durruti y García Oliver.

Para el autor de "El eco de los pasos" el faismo era una actitud vital, una adscripción ideológica y no una adscripción formal a una organización, por eso se permite decir que "la FAI fracasó para siempre". Luis Andrés Edo, que trató a Oliver en diversas ocasiones en el exilio, cree que una de las características más importantes que se desprende de su obra es que su lectura "nos facilita el descubrimiento de las profundas diferencias que se manifiestan en el seno de la CNT y la FAI, no me estoy refiriendo a las rupturas estructurales, sino a algo más grave: los enfrentamientos intestinos de militantes, no sólo en la misma estructura, también en el mismo "Grupo de Afinidad", como el de "Nosotros". Hasta el punto que, tras el 19 de julio, la militancia aborda la hora de la verdad profundamente dividida. Ante esa evidencia no sería aventurado plantearse si esa división fue la causa que produjo la desviación. En ese caso ¿puede esa división haber sido acentuada por la

estructuración orgánica del Anarquismo?".

Muchos otros temas son objeto de atención por parte de García Oliver, como es su paso por el Comité de Milicias, falto todavía de un estudio en profundidad, y que seguramente fue disuelto por haber ido demasiado lejos; otro sería el colaboracionismo gubernamental de la CNT-FAI que según García Oliver se desarrolla al margen de él, o bien los sucesos de Mayo de 1937, no suficientemente aclarados en el libro. Según la siempre acertada opinión de Octavio Alberola "la colaboración gubernamental fue una contradicción ideológica y un error evidente, ya que este sacrificio no impidió la pérdida de la guerra". La gran pregunta que a través del libro queda en el aire, y que Alberola se hace también, es si la CNT y la FAI estaban en condiciones de integrar a los otros sectores del proletariado en la experiencia revolucionaria y en llegar lejos en esa situación. De haber sido así, ¿se habría permitido la colaboración?

García Oliver, es cierto, arremete contra todo y contra todos. Sus críticas a Durruti, a Federica Montseny o a Diego Abad de Santillán no fueron nunca contestadas, nos referimos naturalmente a estos dos últimos. Otros militantes confederales que si lo hicieron, algunos "anarcoburocratas" al servicio de los comités tolosanos, no estuvieron en la mayoría de los casos a la altura de lo que de ellos cabría esperar. Una de las causas por las que García Oliver ha sido blanco de las iras de algunos militantes, acusándolo de querer tener un poder personal a costa de la CNT, ha residido en su rechazo a la política "comiteril". A un hombre de acción y antiburocrata es difícil que se lo pudieran perdonar esas cosas.

Finalmente decir que este libro es una excelente radiografía de las luchas sociales de los años veinte y treinta, y también un texto para analizar y reflexionar sobre la historia de la revolución española y de la CNT contada por uno de sus principales protagonistas. Es posible, no se puede negar, que está escrito con un cierto amargor y con muy pocas referencias a su vida personal, quizá debido al temor de aparecer ante el mundo como un hombre de carne y hueso, pero en todo caso "no cuenta sino revive el pasado y se aproxima de tal modo a lo vivido que arrastra y emplaza al lector a evocar". Yo personalmente, con este libro, he aprendido a analizar la historia revolucionaria de otra manera distinta, diferente.

Llibres de la guerra i la revolució

Ferran Aisa

S'ha dit que sobre la Guerra Civil espanyola s'han escrit molts més llibres que de qualsevol altra guerra de la humanitat. Enguany es compleixen els setanta-cinc aniversari de l'inici d'aquella fatídica guerra, els llibres editats i les reedicions han estat nombroses. Alguns llibres tracten dels aspectes generals de la guerra, com per exemple *La guerra civil espanyola*, d'Antony Beevor (Crítica) i amb el mateix títol anterior del també anglès Paul Preston, amb versió castellana (Debate) i en versió catalana (Base). Mentre el llibre de Beevor destaca sobretot per l'anàlisi de la repressió de la immediata postguerra; Paul Preston analitza els orígens de la guerra i desenvolupa el paper jugat per les potències internacionals. Preston afirma que la guerra civil espanyola no tan sols fou una guerra de classes, sinó també el preàmbul de la Segona Guerra Mundial. Paul Preston té un altre llibre interessant, *Botxins i Repressors, els crims de Franco i dels franquistes*, publicat per l'editorial Base. Preston narra les atrocitats comeses pels fran-

quistes des del mateix any 1936. Entre les reedicions, n'han sortit unes quantes, cal citar el llibre d'Arthur London, *Se levantaron antes del alba* (Península), excel·lents memòries d'un brigadista internacional. És prou interessant el llibre *República, cartells i cartellistes (1931-1939)*, publicat per les edicions Viena i compilat per Rafael Aracil i Antoni Segura. Sobre els militars republicans de la guerra destaca l'esplèndid treball de José Andrés Rojo, *Vicente Rojo, retrato de un general republicano* (Tusquets). Sobre la poètica en la zona republicana, l'editorial Visor ha publicat un recull dels millors poemes espanyols i estrangers que van glossar l'èpica de Madrid. Jesús García Sánchez ha recollit versos dispersos d'Alberty, Machado, Hierro, Garfías, Eluard, Bretcht..., amb un llibre que porta per títol: *Capital de la gloria. Poemas de la defensa de Madrid*. De l'escriptor Abel Paz s'ha tornat a publicar *La guerra de España: paradigma de una revolución* (Flor del Viento). L'autor llibertari descriu les 30 hores de lluita a Barcelona del 19 de juliol de 1936. Abel Paz, amb el seu assaig, fa una

síntesi històrica que cal llegir per saber que va passar a la Catalunya republicana en els primers moments de la lluita: la reunió de Durruti i García Oliver amb el president Companys, la constitució del Comitè Central de les Milícies Antifeixistes, la creació de les columnes de milicians i les discussions sobre la col·laboració o no dels anarquistes amb la Generalitat. Les edicions Flor del Viento han tret tota una col·lecció per commemorar el 70 è aniversari de la Guerra Civil, un dels llibres més emocionants és d'Eduard Pons Prades, *Las escuadras de la muerte*, sobre la repressió franquista en la zona ocupada pels "nacionals". Un altre recull els articles del poeta Miguel Hernández publicats a la premsa del front, *Crónicas de la guerra de España*. L'Eixam edicions de València ha reeditat el llibre de Sara Berenguer, *Entre el sol y la tormenta*, que és un veritable testimoni dels dies de lluita i revolució. L'autora descriu el seu pas pel Sindicat de la Construcció i la seva relació amb el Comitè Revolucionari de Les Corts i amb el Comitè Regional de Catalunya. Berenguer narra la seva experiència

com mestra de l'Ateneu Cultural de Les Corts i de les Joventuts Llibertàries. També narra el seu pas per Solidaritat Internacional Antifeixista (SIA) i Dones Lliures, que organitzaren Hospitals de Sang al front d'Aragó. Sara Berenguer (1919) també explica l'èxode de milers de persones cap a França i la seva vida a l'exili. Una altra memòria és la del vell cenetista Joan Sans Sicart, autor de *Comissari de xoc*, publicat Pagès Editors. D'aquesta mateixa editorial cal citar l'assaig de l'autor d'aquestes ratlles, *El laberint roig, Víctor Colomer i Joaquim Maurín, mestres i revolucionaris*. El llibre no únicament ens apropa a la vida paral·lela d'aquests dos personatges, sinó que a través d'ells es descriu la vida política, social i cultural des de la vaga de 1917 fins a la fi de la guerra, així com els anys de l'exili. Virus Editorial ha publicat i reeditat diversos llibres que fan referència a temes de la guerra civil i la revolució espanyola: *Cipriano Mera, Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*; i un altre de Sonya Torres i Antonia Fontanillas, *Lola Iturbe, vida e ideal de una lucha-*

dora anarquista. També la editorial Traficantes de sueños ha reeditat *Autogestión y anarcosindicalismo*, de Frank Mintz. Tots tres recullen instants de la lluita sindical, de la cultura llibertària, de la guerra, de la rereguarda, dels comitès obrers i de la marxa de les col·lectivitats. Són llibres imprescindibles per saber quin va ésser el tarannà de la CNT-FAI, dels seus militants i de les seves esperances de construir un món millor. Sobre la caiguda de Catalunya hi ha dos formidables treballs, Jorge Martínez Reverter, autor de *La batalla del Ebro* (2003) i *La batalla de Madrid* (2004), ha presentat enguany *La caída de Catalunya* (Crítica); l'altre autor és la jove historiadora Queralt Solé, *Catalunya 1939, l'última derrota* (Ara Llibres). Els dos autors, de signes ideològics oposats, mantenen en comú l'estil de narrar la història a base d'intercalar la memòria de diversos testimonis. Tots aquests llibres són una petita mostra del panorama editorial, però crec que són una mostra important per poder esbrinar que va passar a Espanya en els dies funests de la Guerra Civil.